

Habiendo dado á conocer los monarcas que no tenían otra norma sino la que consignaban ellos mismos en un pedazo de papel, dándole su sancion, los pueblos se penetraron desde luego de que podía también establecerse un derecho totalmente contrario al que estaba en vigor, no necesitándose otra cosa más que la molestia de escribirlo; y podemos decir, que los monarcas prepararon los ánimos para los tiempos en que la república francesa había de sujetar á unas mismas constituciones pueblos muy distintos, ó éstos habían de improvisarlas; pero, de cualquier manera siempre efímeras, porque no tenían más pedestal que un pedazo de papel. Establecido el principio de que es permitido al gobierno hacerlo todo, y también la injusticia, con tal que sea provechoso para la sociedad, la revolución no podía perder de vista tan buena lección. Los ejemplos de la inmoralidad, que habían tenido su punto de partida en la clase más elevada de la sociedad, debían más adelante servir de base y de autorización á infames violaciones, como los atroces asesinatos de Rastadt y de Vincennes, el convenio de El-Arisch, que fué conculcado por la Gran Bretaña, el sistema de política violenta de Napoleón (1) y las represalias de los que le vencieron.

Los príncipes, mientras que por diversos caminos se adelantaban, siguiendo las huellas de una política productora de ideas abstractas y de un poder rígido, que tendía á paralizarlo todo, mientras que procuraban constituirse en único centro de todos los elementos esparcidos del poder público, no echaban de ver cómo estos se les escapaban de las manos. Las disputas religiosas, las revoluciones y guerras repetidas, las teorías de los economistas, que establecían como principio la absoluta libertad de la industria, las discusiones parlamentarias, las persecuciones, así políticas como religiosas, que agitaban todos los ánimos, que entremezcla-

mos profundizar arcanos políticos ni salir de la tarea de traductores que nos hemos impuesto; pero con respecto á los pueblos, no podemos llegar á comprender por qué nuestro autor los pone en antítesis con Abimalech, que fué un réprobo y un hombre perverso, mientras que conviene en que el tercer estado y todas las clases no privilegiadas yacían en Francia entonces en una situación muy lastimosa, y vivían casi en la esclavitud. Entre perversos y desgraciados, media mucha diferencia, y los franceses de la época que está recorriendo el autor, ni los demás pueblos de Europa, que entonces se encontraban casi en un mismo malestar, merecían ser comparados con Abimalech.

(Nota del traductor.)

(1) Cualquiera que lea la historia de Bignon, no podrá menos de observar, que en los títulos y márgenes de la obra están escritas repetidas veces estas palabras: *Violation du droit des gens...* y sin embargo, el autor procura disculpar constantemente á Francia.

ban ideas encontradas y que proporcionaban satélites á los partidos, cualesquiera que fuesen sus convicciones, hicieron robustecer en Europa la fuerza de la opinión pública, y le proporcionaron de hecho aquella autoridad dictatorial, que los monarcas se abrogaban, pretendiendo tenerla de derecho.

Se pusieron en tela de juicio cuestiones altamente políticas acerca de la investidura de los ducados de Toscana y Parma, acerca de la hacanea que cada año debía presentar Nápoles al sumo pontífice, como un testimonio de vasallaje á la Santa Sede; acerca de América, acerca del estahuderato; pero cosas semejantes no hacían más que poner de manifiesto el prurito de los gabinetes en tomar parte en los asuntos ajenos, como si se tratase de cuestiones internacionales, y lo que es más aún, sin interpelar á los pueblos, para cuyo bien se decía que se trabajaba. Además, es de observar con respecto á América, que los mismos monarcas, por los celos que alimentaban unos contra otros, no titubearon en proclamar un liberalismo poco acostumbrado, sancionando la insurrección; de suerte que los pueblos, en la agitación que les causaba la fuerza que quería oprimirlos, y en su lucha de resistencia, llegaron á conocerse á sí mismos, y se hicieron osados hasta el punto de no tener más en consideración los obstáculos que pudiesen oponérseles; pues es ésta la consecuencia inevitable de una grande audacia.

Así los elementos sociales segregados entre sí se esfuerzan para volverse á unir, para conglomerarse unos con otros, y dirigirse como punto de centro á la aplicación de todos los descubrimientos de la inteligencia humana en ventaja de los pueblos. De esto se originó aquel amor á la humanidad, que transformando el afecto del ánimo en idea, quiso más bien ser llamado filantropía que caridad (1); de esto se derivaron las reformas lleva-

(1) Sabido es, que la palabra *filantropía* es un compuesto de dos vocablos griegos, que significan *amor y hombre*, de suerte que *filantropía* equivale á *amor de la humanidad*, mientras que la palabra *caridad*, que se deriva directamente del latín, aunque también de origen griego, significa *amor* en un sentido general; por lo que abraza no tan solo al hombre sino á todo lo creado, y se extiende también hasta nuestros deberes para con el Hacedor Supremo. Creo, pues, que la palabra *filantropía* lleva el sello del materialismo de la época en que se puso en boga, y que su sentido es muy indeterminado, porque puede interpretarse de mil maneras, mientras que la palabra *caridad*, que lo abraza todo, y que se eleva hasta la Divinidad, es más noble, y tiene cierto carácter de sublimidad. En efecto, puede decirse muy bien, que un juez ha hecho un acto de filantropía con condenar un malvado al estremo suplicio, porque á su entender ha libertado á la sociedad de un enemigo; pero no se le podrá ocurrir á nadie calificar su sentencia como un acto de caridad, por la sencilla razón de que la

das á cabo ó ideadas para mejorar la condición de los hospitales, de las prisiones, de los colegios de sordo-mudos y el estado de las clases trabajadoras; de esto, finalmente, trajo su origen la guerra, que se declaró á la tortura, á la inquisición, á los servicios corporales y á la intolerancia en punto á cosas religiosas. Pero, en aquella nueva cultura social no se advertía más que un refinado epicureísmo, que reducía al hombre á una máquina sensitiva, considerando su alma y su racionalidad, no como objeto principal, sino como instrumento de acción; y aquel lenguaje halagüeño, tan vago y general de benevolencia y amor, ocultaba la incoherencia de los nuevos principios, que se pretendía adoptar, la inestabilidad de las opiniones y la imposibilidad de llevar al terreno de la práctica las nuevas teorías. Sin embargo, esta fermentación tomaba cada vez más incremento por el grande impulso que le comunicaba una literatura negativa, esto es, de escepticismo, la cual, atacándolo todo con las armas del escarnio, daba ensanche á las doctrinas de moda y difundía desde Francia su fuerza disolvente á todos los países de Europa.

Habiéndose despojado Cristóbal Martin Weiland de los sentimientos de una piedad que había llevado hasta el estremo, se entregó á una incredulidad mofadora y á un epicureísmo apacible, lo que bastó para que se hiciera el escritor más popular de Alemania. A este varón se le podía calificar de otro Voltaire, pero más erudito y metafísico que aquel, cuyos punzantes escritos epigramáticos, en vez de dirigirse á los sucesos de su época, tomaban por blanco á Alcibiades y á los Aberdianos. Otros escritores de mucha nota quisieron también cooperar á la obra de la demolición tan en boga. Lessing opina en la *Educación del género humano*, que todas las diversas religiones se deben mirar como un producto de la marcha progresiva del espíritu humano, y aunque se manifiesta propenso al sistema de Espinosa, no deja de afilar las armas de la crítica contra los incrédulos, porque cree más útil profesar una religión, aun cuando no sea buena, que no profesar ninguna. Este escritor puso en circulación una filosofía fácil y un culto que inspira alegría. Schläzer en *Staatsanzeige* hace servir de juguete á su sátira la mezquindad de los estados muy reducidos de Alemania, y los vicios de que adolece su constitución; pero es de considerar, que las risas

palabra *caridad*, que no se refiere únicamente al ejercicio de un acto de justicia, sino á los sufrimientos humanos de cada individuo por sí, no puede aplicarse al que manda quitar la vida á un hombre, cuya infeliz suerte, cualesquiera que hayan sido sus crímenes, no puede menos de despertar sentimientos piadosos, considerando que se le priva del mayor bien de este mundo, á saber, de la existencia.

(Nota del traductor.)

que escitaban sus escritos, no dejaban lugar á la indagación de los medios oportunos para curar el mal.

Nicolai y un crecido número de otros, que querían remedar á los franceses, escudándose con los preceptos de Baltenx, que no soltaban de la mano, reprobaban toda especie de osadía literaria, y prestaban un homenaje de idolatría á la religión. Sin embargo, no teniendo bastante valor para atacar bruscamente las tendencias religiosas del pueblo alemán, procuraron inocular paulatinamente las nuevas doctrinas, dándole el simulado aspecto de nuevas interpretaciones bíblicas, y las insertaron en la *Biblioteca alemana*; pero dentro de poco estos procedimientos tan refinados desaparecieron, y manifestándose una osadía grosera, la tolerancia del protestantismo sirvió de vehículo á la difusión por toda Alemania de aquel principio, que lleva el nombre especial de *libertad de pensar*, el cual hacía sucumbir á la teología bajo el peso de la incredulidad, y sustituía al exámen cierta frivolidad dogmática. Semejantes innovaciones aparecen aun más perniciosas en Alemania, si se considera que la literatura en aquel país no es solo un objeto de pasatiempo, sino una ocupación muy seria y un gran resorte de movimiento nacional.

Para que los alemanes pudiesen seguir una marcha aun más semejante á la de los enciclopedistas franceses, faltaba todavía algo; pero luego los iluminados, que aparecieron en aquel país, lo nivelaron todo. Hacia algún tiempo que se habían propagado en gran manera desde Suecia los adeptos de Manuel Swedenborg, el cual, dichoso en atesorar revelaciones, se figuró haber penetrado el verdadero sentido del Apocalipsis, y no quedándose satisfecho con esto, quiso escribir sobre las *maravillas del cielo y del infierno y sobre los mundos planetarios terrestres*; y por último, aseguraba haber sido trasladado, sin dejarse nada de su piel ni de sus huesos, esto es, *vivo, vivo*, á otras regiones en donde había dejado una porción de adeptos muy fervorosos. Un profesor de Ingolstadt, llamado Adam Weishaupt, fundándose en que los medios ocultos para conseguir un buen fin eran siempre preferibles á los que puestos en juego públicamente no harían más que corromper la opinión, estableció una sociedad con el objeto de anonadar toda clase de superioridad, así eclesiástica como política, y proporcionar nuevamente al hombre aquella igualdad primitiva de que disfrutaba antes de que la religión y los gobiernos le sacaran de su estado natural, proponiéndose hacer servir de instrumento para su fin, tanto á la primera como á los segundos. En esta secta se debían admitir únicamente las personas que descolaban por sus buenos alcances en los varios países, las cuales debían mostrarse dignas de llevar el mando con ejercitarse de antemano á una obediencia sin límite. Los neófitos de esta nueva secta no debían ver al principio en ella sino una asociación literaria, mien-

tras que debía ser de su cargo, cuando adelantasen en los varios grados de preeminencia establecidos, fijar la atención en aquellas personas, que pudieran merecer ser admitidas en el gremio de la asociación, no dejando sin embargo de indagar todo lo que hiciese referencia á su vida, á sus hechos particulares y á sus inclinaciones. Los de mayor mérito debían ascender de uno á otro grado, pero Weishaupt, Masehansen, Zwakhy Merz eran los que ocupaban los puestos superiores. Cada uno no conocía mas individuos que los de su clase y de la que le era inmediatamente subordinada: los nombres convencionales de la secta eran un misterio, que guardaban en su pecho los superiores. Asegúrase que Weishaupt, al ver lo mucho que estaban pobladas de prosélitos todas las clases, no pudo menos de exclamar: *¡oh hombres! ¿hay acaso alguna cosa que no se os pueda dar á entender?* Kuigge, nacido en Hannover y uno de los individuos entusiastas de la secta, puso en juego todos los medios que estaban á su alcance, para lograr que la masonería favoreciera las miras de los iluminados. El centro de estos sectarios era Maguncia, y habiéndose propagado desde aquel punto á otros países, fueron conocidos en París bajo el nombre de martinistas. Cierta Böhmer, que pertenecía á éstos, sanaba las dolencias del alma, al paso que Mesmer curaba las enfermedades del cuerpo. En los ritos de las sectas de los iluminados, que habían tomado por modelo los de Eleusis, tenía lugar la representación simbólica del hombre, que abandonando el estado dichoso de una igualdad natural, se lanza á las miserias de la vida social, las cuales eran el objeto de las reformas á que los iluminados aspiraban.

Costanzo de Costanzo (1) natural de Nápoles, mandado á Berlin por cosas concernientes á aquella sociedad, puso en alarma á Federico II, el cual escribió sobre el particular al elector de Baviera, Carlos Teodoro, que se manifestaba muy adverso á las novedades, que en otras partes se acogían lisonjeramente, y que no queriendo tolerar las reuniones secretas, las había prohibido. Los franc-masones se habían sometido á las voluntades de aquel monarca, pero los iluminados, lejos de obedecer, abandonaron el país. Los demas príncipes, convencidos de que las ideas que profesaban las sectas eran justas, no las perseguían ni se asustaban de los perjuicios que podrían acarrearles, si se viniera al terreno de la práctica, porque creían poderlo impedir todo por medio de la policía y de los ejércitos; pero las teorías nuevas disponían la mina, cuya explosión

[1] Debemos advertir á nuestros lectores, que este Costanzo de quien habla César Cantú, es muy distinto del vate napolitano del mismo nombre, muy célebre no solo en Italia sino también en las naciones mas cultas de Europa, por sus sonetos y otras poesías de varios géneros.

[Nota del traductor.]

debía derruir aquel edificio, que amenazaba ruina por su decrepitud, y el cual, como decía Voltaire, había acabado ya de ser *Santo, Romano é Imperio*.

Cuando se sentó bajo el régio dosel de Prusia Federico Guillermo (1786), se formaron sociedades místicas para contrarestar la incredulidad que había promovido su antecesor, Federico el Grande. Fueron jefes de éstas, el general Bischoffswerder y G. Cristiano de Wolner, ministro de Estado, miembro de varias sociedades secretas y con especialidad de la Rosacruz. El primero, natural de Sajonia, y que se distinguía por su valor y sagacidad, había dado su palabra al monarca de que le pondría en directa comunicación con el cielo, y el segundo fué autor del edicto de religión, en el cual se decía, que permanecerían en la forma antigua y sin alteración ninguna las tres confesiones (1) y que disfrutarían de la tolerancia religiosa los herrhutienses ó hermanos moravos, los menonitas y los hermanos bohemios, bajo condición de que no ejerciese ninguno de ellos el espíritu de proselitismo, y aun menos el clero católico. Aquel edicto desaprobaba además las doctrinas de la secta de los iluminados, que combatían los dogmas religiosos, y sostenían que la Biblia no era la palabra de la Divinidad; y finalmente intimidaba á los ministros, que dimitiesen sus cargos siempre que no quisieran convencerse de las doctrinas erróneas de aquella secta. Semejantes medidas fueron muy mal recibidas por los racionalistas (2); y el descontento se aumentó aun mas cuando el monarca publicó algunas leyes restrictivas contra la libertad de la prensa.

Pero esta reacción, á pesar de sus opositores, tomó ensanche, y la misma academia fundada por Federico acudió á las armas de la ciencia para apoyar las verdades religiosas. Euler en sus cartas francesas, dirigidas á la sobrina del monarca de Prusia, se declaró adalid de la Divinidad y del cristianismo, defendiendo ambas verdades; Lambert en sus cartas cosmológicas se convirtió de naturalista en vate, y hablando con entusiasmo de la inmensidad de las regiones celestes, las contemplaba con asombro, y encuentra en ellas el trono del Hacedor Supremo; y últimamente Jorge Hemann se abalanzó desapiadadamente contra los enciclopedistas.

Al clero, que miraba de reojo á los monarcas, porque cercenaban por do quiera su poder y no respetaban sus inmunidades, le inspiraban también miedo los literatos, que le

[1] A saber, la Luterana, la Calvinista y la Católica.

[2] El nombre de *racionalistas* suele aplicarse á los filósofos, que rechazando la santidad del dogma y las tradiciones mas augustas, pretenden basar toda la ciencia humana y divina en la razón.

[Nota del traductor.]

habían declarado la guerra, y desconfianza los pueblos, que se iban desertando de las banderas de la fe, por lo cual se quedaba inerte, y podemos compararle á un naufrago, que se esfuerza por evitar todo movimiento, temiendo á que se sumerja la tabla á que está asido. En efecto, no procuró contrarestar á los enciclopedistas con armas fuertes, y la santa madre Iglesia, que se había soltado de las garras del demonio de la lujuria, del de la simonía, y del que la acosaba, suscitando disputas en su seno, se veía á la sazón asediada por uno nuevo, á saber: el del temor. Los privilegios que las órdenes monásticas habían acumulado en otro tiempo, porque entonces que el derecho comun no se había robustecido, les eran indispensables para subsistir, ahora se habían convertido en una conglomeración de abusos é inconvenientes, que no se habían podido prevenir en su primera institución, y muchos de sus reglamentos laudables y oportunos para los tiempos en que todo lo hacia la fe, ahora no podían calificarse de necesarios. Los asilos eclesiásticos no servían ya para escudar la seguridad individual, garantizada por las leyes; el precio de los terrenos se había aumentado en gran manera, y su administración económica prolongada por tantas generaciones, había hecho también acumular cuantiosas riquezas á los claustrales, mientras que por otra parte la vocación monástica se debilitaba cada día mas é iba disminuyéndose también la desigual repartición de los patrimonios hereditarios, que en los tiempos anteriores eran uno de los poderosos motivos que impelían á vestir el hábito. De suerte que, se decía ahora, que los monasterios eran objeto de presa para los varones y tumba para las mujeres.

A pesar de lo dicho, algunas órdenes claustrales se obstinaban en permanecer inmóviles, mientras todo marchaba; y así el clero seglar como el monástico, entrambos corrompidos á consecuencia de la tranquilidad de los tiempos, se mostraban indiferentes con respecto al culto, y miraban los misterios con inteligente descuido. Los dogmas, que se tenían por oscuros é ininteligibles no formaban objeto de su estudio; calificáronse como supérfluos los actos exteriores, que componían un todo indispensable para la buena observancia de las doctrinas, y que eran un verdadero baluarte de la fe, y por último, el campo de Cristo se trasformó en campo de industria, como había sucedido con respecto á otras instituciones. Hé aquí los motivos que hicieron posible á José II la realización de su sistema, y que produjeron la abolición de las órdenes religiosas. Con semejante medida despótica los monarcas atacaron frente á frente la inapreciable facultad que poseen los hombres de elegir aquel sistema de vida que reputen mas propio para su bien, y violaron los legítimos derechos de la propiedad; ya que la opulencia de los claustrales era un fruto de su propia industria ó de ad-

quisiciones que les habían proporcionado antiguos donativos legados por personas, que habían dispuesto que sus bienes se empleasen en obras piadosas ó en utilidad de los que dirigían sin cesar sus plegarias á la Divinidad; en fin, los claustrales habían adquirido lo que poseían, por medios no diferentes que los de los demas (1). El pueblo les conservaba afecto porque ejercían en su favor actos de mucha caridad, y se habían constituido en órgano de instrucción; además, los procedimientos adoptados por los gobiernos sobre el particular, pusieron de manifiesto, que no estaban dictados por aquella intención recta y aquella pureza que tienen mas eficacia que todas las arterías. Mientras que se culpaba á los frailes, como aconteció con los jesuitas, para legitimar su abolición, el buen sentido tachaba de debilidad á los gobiernos porque no poseían ni fuerza ni bastante osadía para sujetar al castigo los delitos que secretamente les imputaban; y siempre que se pregonaba que la felicidad pública no sacaba fruto ninguno de aquellas instituciones, el pueblo no dejaba de preguntar, si tantos opulentos holgazanes entregados al libertinaje, contribuían acaso mas á la dicha comun. Los monarcas, con abolir las órdenes monásticas, no hicieron mas que real y verdaderamente ofrecerlos en holocausto á la intolerancia de los filósofos, y satisfacer los celos de los curas; pero en esta circunstancia pusieron en claro la mas perjudicial de todas las debilidades, á saber, la de no tener bastante tesón para escudar á los débiles. Roto el vallado, la viña quedó espuesta al soplo de la ira de Dios, cuyos rayos debían acometer á los pastores, inspirando una índole feroz en el rebaño al que habían suministrado tan maligno pasto.

Fué entonces cuando la educación se conmovió hasta sus cimientos; fué entonces cuando la materia se declaró superior al espíritu, prefiriéndose las matemáticas, la estadística y la física á la enseñanza de lo bello y de lo bueno; fué entonces, finalmente, cuando se tuvo por cierto, que con aquellas ciencias se podía consolidar la comun felicidad, porque

[1] Por lo que dice nuestro autor en otros lugares de esta obra, se conoce, que sus principios religiosos le hacen patrocinar con mucha lógica también las instituciones que en Europa han sufrido grandes vicisitudes y han sido reducidas á límites muy estrechos. Esta pequeña nota no lleva mas objeto que el de recomendar á nuestros lectores que mediten muy bien en lo que dice César Cantú en este pasaje acerca de la propiedad de los claustrales, de la industria que ejercían los cuerpos monásticos, y de los legados que recibían de sus bienhechores. Los que no meditan sobre un objeto cualquiera no pueden fallar juiciosamente, y nosotros creemos, que son muy pocos los que han penetrado tan íntimamente como César Cantú en la industria de las órdenes monásticas.

[Nota del traductor.]

el hombre, que se suponía solo un conjunto orgánico, tenía lo suficiente con satisfacer sus necesidades materiales. Decíase que en otra época, los eclesiásticos que tenían á su cargo la educación, se habían fijado demasiado en todo lo concerniente al espíritu, y que ahora era menester posponerle á lo que se apellidaba realidad. Toda Inglaterra se había acogido al pendón de Locke y de Hume, lo que significa en otros términos, que había abrazado el empirismo y el escepticismo; Francia se manifestaba cada día mas mezquina en sus arrojados científicos, siguiendo las doctrinas de Voltaire y Condillac, que llevaban á la duda y al sensualismo; el culto de adoración, que se prestaba á Newton, había hecho abandonar á Cartesio las fórmulas filosóficas adoptadas por Wolf, habían adulterado y esterilizado á Leibnitz, á quien perjudicó quizás no poco el sensualismo de Cristiano Tomás; y la misma Italia, que casi no se acordaba que tenía entre sus grandes escritores á un Gredil, se dejaba arrastrar por el P. Soave, que la inducía á chochar con la filosofía de Locke. Es una ley del mundo la marcha progresiva de la humanidad; pero los filósofos, á pesar de que conocían tamaña verdad, pretendían anonadar el cristianismo, lo que significa que ponían en juego todos los resortes de su ingenio, á fin de que el mundo retrocediera hasta diez y ocho siglos, para encontrarse nuevamente al lado de Epicuro, ó si era dable, en compañía de Platon. Así es, pues, como los publicistas del siglo anterior, y los de que vamos hablando, se diferenciaban entre sí: los primeros se contentaban con transigir entre lo ideal y lo real, al paso que los segundos basaban teorías abstractas, que no podían llevarse de ninguna manera al terreno de la práctica, como Filangieri, Wattel, De Lolme, ó mas bien se esforzaban para resucitar instituciones muy añejas como Mably; pero es de notar que los que se manifestaban muy afectos á la antigüedad, no querían por otra parte admitir la esclavitud y otras condiciones que servían de base á las constituciones políticas de los pueblos de una edad remota. Así es que, estos autores podían merecer el título de tribunos, que anhelaban hacer prosélitos para cooperar á la demolición, y no ciertamente el nombre de legisladores, que querían edificar. Rousseau, sustituyendo á un tipo absoluto de civilización y á la ley general y necesaria para el estado social del hombre, algunos casos particulares, pretende entender la aplicación de estos últimos hasta los hogares domésticos, insinuando á los hombres que vivían aislados como los brutos, y quiere que la fuerza de las pasiones venza aquellas dificultades, cuya solución no se puede conseguir sino mediante un raciocinio firme y paciente.

Pero mientras los filósofos se perdían en abstracciones, los economistas se daban prisa para venir á la aplicación de sus teorías, dando ensanche á las reglas administrativas

que suponían muy conformes á los principios mas oportunos para satisfacer las necesidades sociales, y formular las doctrinas científicas de los que son destinados á gobernar el cuerpo político; pero estaban muy lejos de reparar en que sus cánones contrariaban las prácticas vigentes, y se oponían á la legislación mercantil, civil y criminal. Manifestándose, pues, cada vez mas atrevidos, quisieron tambien ellos indagar los principios constitutivos de la sociedad, y no quedándose satisfechos con buscarlo que pudiese redundar en mayor utilidad pública, dieron á sus opiniones el carácter de cánones indisputables, y se convirtieron de consejeros en dogmáticos, que tenían un derecho para exigir la aplicación de sus teorías.

Entonces todas las ideas que habían servido de pedestal al edificio social, sufrieron un cambio absoluto y se proclamaron como dogma: el pueblo soberano, la igualdad absoluta de los hombres, el pacto primitivo, que había debido servir de base á las leyes del humano consorcio, que la nobleza era una institución contraria á las reglas de la justicia, que todas las religiones eran supersticiosas, y que la adhesión á las ideas antiguas no merecía mas nombre que el de preocupación. Fné entonces cuando las repúblicas se granjearon la comun admiración, cuando la caballerescas adhesión al monarca, al bello sexo y á la tierra natal fueron objeto de vilipendio, cuando no se quiso ya tener por modelo á la corte, cuando se dió el nombre de filosofar ó filosofismo á la repetición de tres ó cuatro frases retumbantes y á un afectado escepticismo, el cual no dejaba sin embargo de fallar en tono magistral sobre cualquier asunto: en fin, brotaron ideas nuevas y contradictorias en un todo al orden establecido, á las formas sancionadas por la costumbre, á las autoridades, cuyos derechos estaban reconocidos, y á todo lo que formaba el sistema político y religioso del cuerpo social. Entretanto la muchedumbre de los que constituían el vulgo literato, se mostraba anhelosa de poner en práctica los principios nuevos sin haber sabido todavía encontrar el punto que pudiese servir de centro para que formasen un todo y estuviesen acordes entre sí.

En los tiempos pasados los altos negocios de Estado eran una ciencia arcana, y solo el desflorarla con la palabra bastaba para privar de la gracia del monarca á un Fenelon y á un Racine; pero ahora las ciencias políticas corrian á su emancipación, y el manejo de los asuntos gubernativos se colocaba en la misma categoría que ocupan los otros conocimientos humanos; único tema de todas las conversaciones de los elegantes era la felicidad pública, y parecía que todos tenían mucho empeño en dar la estension mayor posible á los goces materiales, y en enervar la fuerza de los males presentes, como si no se creyese ya en la existencia de otra vida. Las mismas cortes, siguiendo el rumbo de la

moda, abrazaron por imitación las doctrinas de la filosofía moderna, y los príncipes acogían las ideas puestas en boga por los pensadores; pero la sociedad se aventajaba en su marcha, y saliendo del círculo trazado por la política vigente, reclamaba una reforma radical en todo el sistema social. Pero los filósofos, á pesar de que se manifestaban audaces en sus teorías, tenían por seguro que todo cambio en el orden político no podía verificarse sino partiendo desde las mismas gradas del trono; por lo cual le dirigían sus reclamaciones y alimentaban una viva esperanza de que por su medio se verificase la mudanza sin trastornos: miserable ilusión que hemos visto renovada tambien ayer! En tanto, la ciencia y la opinion que habían tomado formas gigantescas, se allegaron al trono y le dijeron: es menester que se hagan innovaciones." En esta pelea, que Burke definía "como una guerra que se intentaba contra todo lo que ejercía alguna autoridad entre los hombres, sea en su ventaja ó en su perjuicio;" en esta pelea, digo, los que la emprendían no habían llegado á comprender el peligro que les amenazaba. Confiados todos en sus propias fuerzas, como otros podrían estar persuadidos de la bondad de sus intenciones, se figuraban, ó mas bien creían firmemente, que el mundo correría mejor en su marcha con la lógica de Condillac; que la moral podría reducirse á un cálculo aritmético muy fácil de aprender; que las virtudes poco austeras del cosmopolita deberían ser preferidas á las ásperas del ciudadano y del cristiano; que podrían alcanzarse las buenas reformas mediante las convicciones, y que el corazón, impulsado de buenos sentimientos, podría llevarlas á cabo.

La tribuna inglesa se manifestaba por cierto muy atrevida en las discusiones políticas, pero es de notar que á la sazón el idioma inglés no había adquirido mucha estension, y que en aquel parlamento las discusiones se dirigían á la introducción de mejoras positivas que tenían referencia á alguna que otra ley de interes nacional, al paso que las discusiones, entabladas por la filosofía francesa en sus especulaciones abstractas, no perdían nunca de vista una reforma ilimitada y universal, sin reparar en los obstáculos que debían producir la realización de las teorías y las necesidades sociales, sin tener en consideración el choque de dos movimientos encontrados, á saber: el del nuevo orden de cosas con el antiguo, y el contraste inevitable entre las ideas recientes y los hechos sancionados por el tiempo; pero el mismo tono absoluto y el timbre de la generalidad, que se notaban en las nuevas teorías francesas, la simpatía que inspiraban la literatura de aquella nación y sus costumbres, contribuyeron á estender por do quiera sus ideas, las cuales se dilataron aun mas porque eran irrealizables en su mayor parte.

Tanta profusión de doctrinas, que había derramado luces entre los pueblos, agobia-

dos de gravámenes cada día mas inaguantables, les había estimulado á fijar sus miradas en los intereses propios: y los pueblos esclamaban: ¡cuán injusto es dejar exentos de gravámenes á un tan crecido número de individuos y tantos bienes! ¡A qué dejar subsistir aún á todas esas castas que se distinguen por sus privilegios, y que servían de apoyo á la antigua máquina del Estado! ¡Dichosas las naciones que disfrutaban de leyes, que ponen coto al aumento arbitrario de las contribuciones, que constituye hoy toda la ciencia económico-política de los monarcas! ¡Benditas sean aquellas formas administrativas, que cualesquiera que sean, por su índole ó por las bases en que se afirman, no dejan de provocar las necesidades reales y verdaderos de un pueblo y de todas sus fuerzas existentes, y proporcionan seguridad al equilibrio de los intereses comunes! En fin, se invocaban en aquella época las franquicias y las libertades, porque se creían elemento y garantía de la felicidad pública; y se echaba la culpa de todos los males sociales á los gobiernos, porque habiendo reunido todos los ramos del poder en sus manos y querido que todo acto público dimanase de su autoridad, se creía que ellos únicamente paralizaban el progreso de la humanidad, estorbándole en el camino de la perfección; por lo que se decía que era necesario ó quitarlos del medio ó reformarlos.

El principio de la soberanía popular, que antes se había proclamado por los escritores, había recibido ahora su sanción con la independencia de los anglo-americanos. En efecto; habían ocurrido en algunos países turbulencias y en otros estallado revoluciones. En el reinado de Portugal, despues de la defunción de su monarca José, las reformas introducidas por Pombal habían sido reprobadas por los portugueses, y el descontento llegó hasta tal punto, que María abolió el tribunal intitulado de *Desconfianza* y separó de su empleo á aquel ministro. Pombal podía rechazar todas las inculpaciones, diciendo: "el monarca lo quiso;" pero viéndose espuesto á la mofa y escarnecido por el crecido número de ochocientos individuos á quienes se había sacado de las prisiones de Estado, se dió prisa á partir al otro mundo. Todos los países sujetos al Austria, durante el reinado de José II, se habían declarado en abierta rebelión por las reformas que este monarca pretendía introducir, ó manifestaban su mal humor murmurando acerca del particular: por lo cual su hermano, que le sucedió en el trono, tomó el partido de anularlas al instante, y apeló al voto popular para enterarse de sus necesidades. En Suiza los campesinos se rebelaban contra los ciudadanos, los súbditos contra los que tenían el mando. El sucesor del gran Federico de Prusia puso freno al espíritu de irreligion, y se esforzó sobremanera para mantener la paz; pero se vió obligado á tomar parte en los asuntos políticos de Holanda por no haber tenido bastante discreción.